

para con su experiencia como la recibida de la joven madre, fué tan irresistible, que después de algunos alardes de modestia, empezó á iluminar la cabecita de Dot con la mejor galantería del mundo. Sentada, tiesa como un huso, y junto á la maliciosa señora Peerybingle, fué dándole durante media hora tantas recetas infalibles y preceptos domésticos que hubieran bastado (si se la hubiese creído) para arruinar completamente la salud del pequeñito Peerybingle, aunque hubiese tenido la fortaleza de Sansón desde la cuna.

Para cambiar de tema, Dot se puso á coser; no he podido comprender cómo se las componía, pero lo cierto es que siempre llevaba en el bolsillo el contenido de un enorme saco de labor; luego meció un poco al niño; volvió á la labor por breves instantes y trabó conversación en voz baja con May, mientras su madre echaba una siestecita, de modo, que dividiendo el tiempo en diversas partes, terminó la tarde, que pasó como un sueño sin que ella lo notase.

Por la noche, según ordenaba una de las solemnes convenciones de la institución de la fiesta á escote, Dot debía encargarse del interior de Berta; de modo, que se encargó del fuego, preparó la mesita de té, arregló las cortinillas y encendió una vela. Después de todo lo dicho, tocó una ó dos canciones en una especie de arpa groseramente fabricada por Caleb y su hija; por cierto que tocó muy bien, porque la naturaleza la había dado una linda orejita tan á propósito para la música, como lo hu-

quiera sido para los pendientes, si Dot hubiese querido llevarlos. Al dar la hora del té Tackleton apareció para tomar una taza y pasar la noche con ellos. Caleb y Berta habían entrado de nuevo hacía algún tiempo. El buen hombre reanudó su trabajo interrumpido, pero apenas sabía lo que se



hacía, tan inquieto estaba y tales remordimientos sentía por la suerte de su hija. Ofrecía un espectáculo enternecedor con los brazos cruzados, abandonando su trabajo sobre el escabel y repitiendo incesantemente: — «¡La habré engañado desde la cuna para despedazarla el corazón!»

Cuando la obscuridad fué completa y todos hubieron tomado el té, cuando Dot hubo lavado tazas y platos y cuando cada

rumor lejano de la calle parecía anunciarla, al acercarse, la vuelta del mandadero, Dot cambió de aspecto, y se coloreaba y palidecía sucesivamente sin poder estar quieta un solo instante.

Se oye el ruido de las ruedas, el paso de un caballo, los ladridos de un perro. Y los heterogéneos sonidos se acercan poco á poco.



VI

BOXER golpea la puerta.
—¿De quién es este paso?—preguntó Berta.

—¿Qué paso?—respondió el mandadero en el dintel adelantando el rostro bronceado, enrojecido como la flor de la granada por el aire vivo de la noche.—¡Pardiez! es el mío.

—Hablo del otro,—respondió Berta,—del hombre que anda detrás de vos.

—No hay medio de engañarla,—dijo John riendo.—Entrad, caballero, seréis bien recibido, no temáis.—

Pronunció las últimas palabras con voz ensordecedora, y entretanto el caballero anciano penetró en la habitación.

—El caballero no os es completamente desconocido, Caleb; le habéis visto una vez en mi casa. Supongo que le ofreceréis hospitalidad hasta que partamos.

—Ya lo creo John; me honraré teniéndole á mi lado.

—Por cierto, que es el compañero más cómodo que pueda hallarse en el mundo entero, cuando hay que decir algún secreto. Tengo los pulmones bastante robustos, pero me los pone á prueba, os lo prometo. Sentaos, caballero. Es gente amiga, y que se complace en tenernos á su lado.—

Después de haber dado esta seguridad al extranjero con una voz que confirmaba ampliamente lo que acababa de decir de sus pulmones, añadió con tono natural:

—Con una silla junto á la chimenea, y con que se le deje en paz para poder mirar con toda tranquilidad á su alrededor, tiene satisfechas sus necesidades. No es muy difícil contentarle.—

Berta había escuchado al mandadero con profunda atención. Llamó á Caleb; y cuando éste hubo acercado al fuego una silla para el extranjero, le rogó que le describiera el semblante de éste. Cuando Caleb lo hubo hecho (esta vez sin mentir y con escrupulosa fidelidad) hizo un ligero movimiento, el primero que se le pudo notar desde que entró el desconocido hasta entonces; y no se ocupó más del anciano.

El mandadero estaba de muy buen humor y más enamorado que nunca de su mujercita.

—¡Qué torpe has estado esta tarde!—la dijo pasando alrededor de su cintura su brazo rudo, mientras ella permanecía en pie, alejada de todo el mundo.—Pero ¡no importa! te quiero del mismo modo. Mirad

hacia allí, Dot.—Y la señalaba el anciano con el dedo.

Dot bajó los ojos. Creo poder asegurar que tembló.

—Es un buen muchacho. Me ha hablado muy bien de vos.

—Preferiría que hubiese escogido un tema más digno,—respondió Dot.—

—¡Un tema más digno!—exclamó John regocijado.—Se encontrarían muy pocos. Vamos, fuera el abrigo, abajo el pañuelo, abajo la pesada manta de viaje y pasemos agradablemente media hora junto al fuego. A vuestros pies, señora Fielding. ¿Queréis que hagamos una partida de cientos? Estoy á vuestra disposición. ¡Dot, las cartas y la mesa, y también un vaso de cerveza, si no os la bebisteis toda!—

Su proposición se dirigía á la anciana, que la acogió con graciosa prontitud, de modo que inmediatamente empezó la partida. Al principio, el mandadero miraba á intervalos á su alrededor sonriéndose ó llamaba á Dot de vez en cuando para que le examinase sus cartas por encima del hombro y le aconsejase sobre algún problema difícil. Pero como su adversaria era una jugadora rígida, una verdadera puritana en este punto, y estaba además sujeta á la flaqueza de ponerse más puntos de los que había ganado, forzó á John á ejercer una vigilancia tan constante, que no le bastaban sus cinco sentidos para atender á sus intereses. Las cartas absorbieron de tal modo su atención que no pensaba en otra cosa alguna, cuando una mano apoyada en

su espalda le hizo recordar que en el mundo existía un tal Tackleton.

—Siento mucho tener que distraeros, pero escuchad dos palabras.

—Yo doy las cartas,—respondió el mandadero.—Este es el momento crítico.

—Tenéis razón; el momento crítico,—respondió Tackleton.—Venid.



Se reflejaba en su rostro pálido tal expresión que hizo levantar al otro inmediatamente, pidiéndole de qué se trataba con precipitación.

—Os lo enseñaré, si venís conmigo.—

John le siguió sin decir una palabra más. Atravesaron un patio á la luz de las estrellas y por una puertecita posterior entraron en el mostrador mismo de Tackleton, á través de cuyos cristales se divisaba el alma-

cén, cerrado ya. No había luz alguna en él, pero algunas lámparas á lo largo del estrecho almacén iluminaban los vidrios.

—Mirad.—

¡Qué sombra en el hogar! ¡Oh grillo fidelísimo!

Vió al anciano ¡pero qué digo! no era anciano; se había convertido en un hermoso joven, tieso como una I, y llevaba en la mano los falsos cabellos blancos que le habían dado entrada en el hogar de John.

*
* *

Estaba ya embozado John hasta la nariz y atareado con el caballo y los paquetes, cuando Dot entró de nuevo en la habitación para partir.

Tilly hacía dormir al niño, y pasó cien veces delante de Tackleton repitiendo con su arrastrada voz:

—Y saber que las demás serían sus mujeres las despedazaba los corazones, y los padres las engañaban desde las cunas para destrozar sus corazones!—

—Tilly, dadme el niño. Buenas noches, señor Tackleton. ¿Dónde está John?

—Quiere ir á pie, delante del caballo,—dijo Tackleton,—ayudándola á subir al carruaje.

—¡John! ¡A pie y de noche!—

La sombra embozada hizo una señal afirmativa; el pérfido extranjero y la niñera estaban sentados en el carruaje, y éste se puso en movimiento. Boxer, que ignoraba completamente todo lo ocurrido, corrió de-

lante del carruaje á galope; luego, deshaciendo lo andado, volvió atrás; después corrió á derecha y á izquierda trazando un círculo alrededor del carruaje, y ladrando más gozoso y triunfante que nunca.

Cuando Tackleton hubo salido para acompañar á la señora Fielding y á su hija hasta su casa, el pobre Caleb se sentó junto al fuego al lado de su hija con el corazón destrozado por la inquietud y los remordimientos y murmurando constantemente:

—¡La he engañado desde la cuna para destrozarme su corazón!—

Los juguetes puestos en movimiento para entretener al niño se habían parado hacía tiempo. En medio del silencio, á la luz dudosa de la habitación, las muñecas con su calma imperturbable, los caballitos tan agitados poco antes con los ojos fijos y las ventanas de la nariz abiertas; los ancianos, ante la puerta de sus casas, medio replegados sobre sí mismos, inclinados profundamente sobre sus rodillas desfallecidas; los cascanueces de mueca estrambótica y hasta los animales que se dirigían al arca de pareja en pareja, como los pensionistas que van de paseo, tenían todos el aspecto de mágica inmovilidad al ver un doble milagro: John cabizbajo y Tackleton amado.



TERCER GRITO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO